

OMAR DENGO

VIDA PROFUNDA

I

La vida es cumbre y el esfuerzo es ala.

II

No hay que volar como hoja, hay que volar como ave: con rumbo.

III

La bondad es una fuerza invencible.

IV

La alegría es para todo hombre de acción una fuente de virtud.

V

Lo más difícil de aprender en la vida es el dominio de sí.

VI

Nosotros sólo crecemos y nos ennoblecemos y perfeccionamos en la medida en que trabajamos por el enaltecimiento de los demás.

VII

Decía Lugones que abstraer es poner espíritu y quitar materia. Soñar y crear, aspectos superiores de la abstracción, es quitar pasado y poner futuro y quitar sombra y poner fulgor.

VIII

Trátase de realizar la empresa heroica de vivir un minuto de perfección, de verdadera grandeza, de aprisionar por un momento dentro de ustedes la vida del hombre superior y sentir que, como en la historia del mundo, ella crea una cumbre desde la cual viene la luz y hacia la cual se dirige toda la suprema avidez de conquistar un porvenir.

IX

Todos somos grandes en cierta medida y en alguna dirección. Algo hay en nosotros siempre dotado de grandeza: una habilidad, un deseo, un hábito, un ejemplo, un pensamiento. Algo hay siempre. Y siempre hay cerca de nosotros alguien en quien nuestra modesta gran-

deza puede reflejarse para ser impulso o ser lección. Siempre tenemos a nuestro alcañón alguna actividad en la cual derramar siquiera un hondo entusiasmo del corazón. La simple palabra cariñosa que ahora digo a mi niño mientras pongo en su hombro mi mano es toda una espléndida fuerza creadora. El niño sonríe. En ese momento, la vida tiene para él un matiz, al menos, de sus grandes alegrías de Navidad. Y la sonrisa sirve de pretexto para que le llegue al corazón un rayo de sabiduría.

X

¡Es tan dura a ratos esta lucha con las gentes que dependen de las circunstancias! Pero nosotros tenemos en cierto modo la obligación de colocarnos por encima de las dificultades a cambio de contribuir en nosotros y fuera de nosotros al desarrollo de las fuerzas superiores de que dependen los intereses permanentes.

XI

Las cosas como los espejos de los magos de Thesalia, revelan todos los enigmas. Esta ánfora que acoge las rosas, afirma un verbo profundo. Nada sabe de ellas, sino que limitan su callada existencia. Ignora que vierten sobre ella un perfume. Y así ignorante, envuelta en aromas, esta ánfora vive porque hay rosas, y para que ellas, al reposar, perfumen tu meditación. ¡Qué noble menester llevar en alto las rosas!

XII

Como una tela de araña se trama y entreteje esta conversación. Los hilos salen de un centro, hacia todas las direcciones; pero sobre un plano. Pasan a su través las ideas y dejan allí suspendida una música. Es mi presa, y también la tuya. Tú y yo nos alimentamos de insectos maravillosos que arrastra el viento . . . Sólo que suele ex-

tender la tela de frente a un rumbo y éste limita la fecunda acechanza.

Conviene dotarla de un amor y de un sentido de esfericidad . . . Si llegara a enredarse en su tela alguna estrella, tendrías un hermoso festín.

XIII

Si tuviéramos el oído fino, advertiríamos cómo caen en la nada, unos tras otros, nuestros minutos, como un vaso que se derrama gota a gota.

XIV

Cuando miramos el cielo, hay constelaciones que nos atraen de preferencia. Orión, por ejemplo, que siempre lo hemos visto, que siempre lo hemos amado. Gracias al astro amigo, el cielo nos es familiar y no nos sentimos perdidos en la infinitud (¡Dios es tan humano!).

XV

Luz es el dolor, y cuando usted me dice que está aprendiendo a resistirlo, a amarlo, sus palabras me parecen admirables, y siento que hay en su corazón un yacimiento de sabiduría.

XVI

¿Astucia? ¿Cansancio? ¿Debilidad? De todo eso hay en mí desgraciadamente. Pero tengo derecho y deber de esforzarme por condensarlo todo en una sonrisa de esperanza. Como el jardinero, pongo en las eras ceniza, cal y estiércol y después planto el rosal con la ilusión de que en las rosas ascenderá todo aquello hacia la alegría del cielo.

XVII

Hay que reflexionar un momento acerca de los hombres que pretenden colocarse "más allá del Bien y del Mal".

Generalmente sólo consiguen colocarse más allá del Bien, y cuando se les busca se les encuentra en el Mal o en el INFRABIEN . . .



OMAR DENGO (1888 — 1938)

XVIII

Claro es que siempre son fecundos los escrúpulos y que cuanto más delicados sean tanto más pródigos en bien serán; pero hay que adquirir la disciplina de no dejarlos convertirse en obstáculos para llevar adelante las decisiones de la conciencia.

XIX

Cuando un dolor nos hierre, no podemos comprender que sobre la oscuridad de nuestra mente está esa sabiduría profunda del corazón, que nos hace ver que mientras Dios exista, el Universo no puede estar organizado para la crueldad.

XX

Hay hombre que llegó muy alto con los dolores de su corazón; hay hombre que llegó muy alto por los errores de su propia vida, pero, cuando llegó a la cumbre, un rayo de luz le purificó la vida.

XXI

¡Lo nuestro es de todos! Somos de cierto los hombres como las partículas infinitesimales que integran un diapason: todas han de vibrar para que el canto de una nota ruede en los aires. La modulación menos intensa es obra común. Quien desprecia lo pasado, a sí mismo se desprecia; quien no anhela el futuro, renuncia su derecho a la Vida. Y sólo existe en cuanto al valor de la tarea individual la restricción de que la realiza de mejor modo el que tiene conciencia de

la significación de su vida con respecto a la vida de los demás seres. La posibilidad de crear en cada uno esa conciencia, la de hacer que intervenga la voluntad en el movimiento evolutivo individual, es el oasis en que se ampara de los rigores de la intemperancia y del egoísmo, la fe en la edificación moral del hombre . . .

XXII

En la mujer hasta la ironía es sonrisa.

XXIII

Los días de las bellas tonatas sonrientes, que dijera un escritor, están agonizando. Surge la época de la intelectualidad femenina. La mujer que triunfa no es la bella Otero danzando lascivamente; es la señora Curie disertando en la Sorbona.

XXIV

De estrella o de barro, de carne o de lirio, la mujer es sagrada.

XXV

Mis amigos son los puntos de referencia de mi espíritu. Sin los seres que amo, se me habría secado el corazón y tendría ya los ojos apagados.

XXVI

Así vamos por esta senda de idealidad, mano en mano, corazón en corazón, creando una realidad espiritual más viva que las meras realidades materiales.